

V*aciamiento de los valores.* El secreto del encuentro con Dios está en reconocerlo en Cristo. La fe es ese reconocimiento. No quiero disimular mi propio credo ante mis hermanos, es el tesoro más valioso que poseo. Por eso hablo de Cristo a todos; a quienes no lo conocen aún y a quienes lo han rechazado formal o existencialmente. El mundo actual necesita que, quienes somos parte de él, ofrezcamos y recibamos los grandes valores que nos asisten y definen. Es triste comprobar que se ha producido un vaciamiento de los valores reconocidos y proclamados antaño por la mayoría de los argentinos. Es sorprendente y contradictorio lo bien que se diserta aún sobre temas de moralidad o de ética. Cuando se buscan sus proyecciones reales, la sorpresa inicial se torna en desilusión. Nuestra sociedad, desgarrada por la delincuencia de muchos ciudadanos, ofrece un panorama vacío de los valores que en otros tiempos la contenían. Nada parece disponer de la fuerza suficiente para contribuir al cambio y a la perfección. Todo es puesto en duda; a los antepasados se los considera piezas de museo y a sus pautas morales obsoletas e inservibles. El presente y el futuro no presagian un auténtico progreso humano sino un estado de involución a la época de las cavernas. Algunos exponentes de la modernidad reniegan de la historia y de las virtudes que han definido a sus grandes y genuinos protagonistas.

2.- *El resto existente.* No obstante, en la capa subterránea de la actual civilización, perduran aquellos valores, observados silenciosamente por humildes y valientes integrantes de un *resto* que está empeñado en preservar la vida y su futuro. En el mismo hay

personas de buena voluntad, creyentes de diversas religiones, esforzados trabajadores de una actividad científica que respeta las leyes halladas en la naturaleza, mujeres y hombres que intentan una práctica política al servicio exclusivo del bien común. Podríamos enumerar una larga lista de tareas y responsabilidades, no siempre depositadas en manos hábiles y honestas, pero, que las reclaman con urgencia. A la luz de la palabra de Dios, y en diversas ocasiones, hemos recordado la urgente necesidad de personas probas y competentes. Dos términos indisolubles para componer una sociedad donde la armonía de virtudes y talentos se imponga como nuevo estilo. Difícil composición pero posible e indispensable. La presencia de Cristo es portadora de una propuesta del Padre a los hombres; la condición humana de los mismos, por sí sola, les otorga el *derecho* a ser depositarios de la misma. Por ello es dirigida a todos, sin olvido de nadie, comenzando por quienes manifiestan el mayor grado de deterioro humano. A Jesús acuden todos ellos, no para disimular sus errores y miserias morales sino para confesarlas. A quienes no albergan tales sentimientos el mismo Señor los califica de “*hipócritas*”.

3.- *Conversión o auto justificación.*

Ocurrió lo mismo al llamado de Juan Bautista en las orillas del Jordán. Alentado por el Evangelio he insistido, desde hace años, en la *conversión* como *cambio*. He podido acceder a una serie de artículos sobre la Nueva Evangelización, de la autoría de un teólogo notable; deseo extraer de allí una formulación que sorprende por su exactitud: “*Conversión` significa: salir de la autosuficiencia, descubrir y aceptar la propia indigencia, la necesidad de los demás y la necesidad de Dios, de su perdón, de su amistad. La vida sin conversión es auto justificación (yo no soy peor que los demás); la conversión es la humildad de entregarse al amor de Dios (todo Otro), amor que se transforma en medida y criterio de mi*

propia vida". Seguidamente afirma: "*Aquí debemos tener presente el aspecto social de la conversión*".¹ Sin duda Cristo cambia la orientación de la historia, comandada, a partir de Él, por seres auténticamente nuevos. No existe otra forma de novedad que no tenga a Cristo como modelo y referente. Los proyectos, aparentemente revolucionarios, si no parten de la auténtica conversión de sus protagonistas, no sirven. Reaen, a causa de la fragilidad de quienes intentan encarnarlos, en la misma precariedad de los proyectos desechados.

4.- *Al alcance de todos*. Creo que es la hora de hacer comunes los gestos que en algunos hombres y mujeres nos admiran. Los santos que florecieron durante el siglo XX marcan la orientación providencial de quienes los sucedemos en la historia de la Iglesia y del mundo. Los santos: mártires sacrificados por odio a la fe, heroicos testigos de la caridad, jóvenes y niños, esposos y padres, hombres dedicados, en acto de amor auténticamente cristiano, al servicio abnegado de la cosa pública, del trabajo y de la profesión; son ellos quienes nos preceden y nos acompañan. Su gravitación social, por causa de una clase dirigencial moralmente descalificada pero poderosa, es casi nula. Lejos de nuestro ánimo clasificar a los hombres, con criterio simplificador, en buenos y malos; desde el misterio de la Pascua de Cristo, todos, sin excepción, gozan de la posibilidad de abandonar progresivamente el error y el mal proceder, para abrazar la verdad y el bien.

5.- *Engaños que se pagan caro*. Lo importante es que acepten la existencia de los errores cometidos y el propósito firme de no repetirlos. En el discurso dialogal, cuando se da, todo el mundo parece acusarse de minucias o de generalidades, guardando lo gordo como una estructura intocable y

fundamentalmente válida. En las actuales circunstancias queda muy de manifiesta la insuficiencia de todo esfuerzo que no arranque de un elemental cambio de personas y de proyectos. Los viejos proyectos, las antiguas dependencias, y sus sostenedores, han ocasionado graves desilusiones y fracasos. El cambio de maquillaje político, al que nos tienen tan acostumbrados, es un engaño que termina pagándose muy caro. Es bueno pensarlo con humildad y decidir los reemplazos oportunos, sin más dilaciones. El Buen Pastor, Jesucristo, está entre nuestras cosas para perdonar y reimpulsar nuestras vidas; es preciso reconocerlo y aceptar su compañía hacia Emaús, el lugar bíblico donde se lo encuentra vivo, partiendo con nosotros el pan de su nueva Vida.

¹ Card. J Ratzinger